

SOBRE LA IDENTIDAD HISTÓRICA DE FERNANDO DE ROJAS

(CONTESTACIÓN AL PROFESOR PETER RUSSELL)

En la conocida revista norteamericana *Comparative Literature*, el profesor de Oxford, Peter Russell, publicó hace dos años lo que se llama en inglés un "review-article" (o sea "artículo-reseña") sobre mi libro *The Spain of Fernando de Rojas*¹. El género en sí es ambivalente: en cuanto "reseña", no tenía que pasar por el escrutinio más o menos objetivo del consejo editorial de la revista, y en cuanto "artículo" (según me informa el redactor), la política inmemorial de *CL* no admite ninguna contestación². En vista de esta situación un tanto kafkiana, he pedido a los generosos redactores de la *NRFH* que publiquen lo que realmente debió haber aparecido en *CL*. Debo decir de antemano que no es el desacuerdo a veces algo malhumorado del profesor Russell lo que ha motivado esta contestación, sino la evidente seriedad de su lectura y de su acercamiento a problemas importantes que nos conciernen a todos —y ahora somos muchos— los celestinistas profesionales. (Lástima que todavía no nos llamemos rojistas). A pesar de esa seriedad de enfoque, hay en lo propuesto por el profesor Russell dos zonas fundamentales de incompreensión que merecen comentarse brevemente.

La primera y más importante es su incompreensión en cuanto a la relación de *La Celestina* con su principal autor, Fernando de Rojas. Asevera, al empezar (p. 59), que tanto después como antes de la invención de la imprenta, "authors who wrote literature of entertainment could proceed on the assumption that the generality of their readers would not start looking for the mind behind the work". Y, al terminar (p. 74), expresa su confianza de que el mal ejemplo de mi libro terminará con "the excessive concern of critics to pursue the elusive authors of *La Celestina* and will cause them instead to get on with the task of solving the many literary and linguistic problems which the text they wrote still presents". Ahora bien, no hay duda de que existen muchos textos literarios (por ejemplo, romances de la tradición oral después impresos) que no necesitan un autor (ni real ni imaginario) y que incluso no tienen autor. Sin embargo, me atrevo a preguntar si esta evanescencia de la intención y la responsabilidad personales puede aplicarse a Rojas, que leía en voz alta para "diez personas" dispuestas "a oír esta comedia", y que en forma explícita se presenta a sí mismo como hondamente preocupado con sus diversas y variadísimas reacciones.

En otras palabras, leer *La Celestina* como una obra genéricamente anónima y negar la tácita comunicación de los lectores de entonces y

¹ El "artículo-reseña" se encuentra en *CL*, 27 (1975), 59-74; mi libro se publicó en Princeton, N. J., en 1974.

² Lo cual no es enteramente cierto: a Américo Castro se le permitió contestar a Leo Spitzer sobre las "jarchas", que éste creía ser ejemplos de lirismo castellano. No sé si hay otros casos, porque aquí en París no tengo fácil acceso a la colección de *CL*.

de ahora con su autor como una especie de aberración romántica equivale a la negación de su profunda e inherente ironía. Es decir la ironía de Rojas, un ironista que no desea otra cosa que nuestra complicidad. Tenemos que buscarlo a él en su biografía sencillamente porque él nos busca en la nuestra. En otro artículo-reseña (al que no contesté) sobre otro libro mío escrito hace años, el profesor Russell me tachó de insensible al humor de *La Celestina*. Entonces no le entendí bien, pero ahora la frase descriptiva antes citada, "literature of entertainment" ("literatura de pasatiempo"), me hace sospechar que él lee los 21 actos como una especie de tragedia paródica, tal como el anónimo *Roman de Renard* se interpreta como una parodia popular de las narraciones caballerescas. Jamás se me ha ocurrido tratar de reprimir la risa de los estudiantes que han leído conmigo *La Celestina* (tendría que callar la mía primero), ni presentar al desolado padre de Melibea como el protagonista de una "tragedia plebérica" que Rojas no escribió. Pero, por otra parte, cabe preguntar si el profesor Russell se ha dado cuenta del terrible "humor negro" de los actos que preceden al llanto final. Lo cómico de la *Divina Comedia* asoma sobre todo en el infierno —y así también en *La Celestina*, con la diferencia de que los personajes risibles (no ridículos) no tienen más idea de su verdadero paradero que los de *Candide*. La famosa restricción de Cervantes, "...si encubriera más lo humano", indica que él sí se daba cuenta de que *La Celestina* no es una obra burlesca o bufa. Sólo cuando leamos el estudio completo de la obra de Rojas que el profesor Russell nos ha prometido, podremos comprender su ya antigua discrepancia con Cervantes³ y tratar de intuir los estímulos inmediatos de su risa. Es decir, el verdadero problema consiste en su manera de leer e interpretar el texto de la *Tragicomedia* —no en la mía, ya quizá demasiado explícita y explicada.

Mientras tanto —y sin insistir más en la corrosiva ironía humana y metafísica de Rojas— sería interesante que el profesor Russell nos explicara con claridad hasta qué punto está dispuesto a negar toda significación a las biografías de autores (o de quien sea) anteriores al siglo XIX (al XVIII, al XVII o al XVI). Si él descubriera hechos hasta ahora desconocidos sobre la residencia en la tierra de Juan Ruiz, de Juan del Encina, de Sem Tob, de Chaucer o de Jean de Meung (todos ellos escritores medievales cuya obra indica que su vida tendría un interés no menor que la de un Stendhal o la de un Víctor Hugo), ¿no nos los comunicaría? Y ya que me critica tan duramente por no haber publicado transcripciones de los documentos sobre Rojas que he leído en el archivo de Valle Lersundi (aun cuando él sabe muy bien por qué me era imposible hacerlo)⁴, se me ocurre otra pregunta igualmente elemental:

³ Ya en el año 1957, refiriéndose a "the lesson of Cervantes", la calificó de "bathetic" (*BHS*, 34, p. 160).

⁴ Ofrecí explícitamente, en el prefacio de mi libro, mandar a los colegas interesados copias xerox de lo transcrito por mí en los archivos. Pero pensaba más bien que me los pedirían por medio de cartas privadas, con las fórmulas normales de la cortesía profesional. Es para mí irónico que el profesor Russell no crea mi sincera explicación de la falta, en mi libro, de documentos transcritos (lo hecho por Milla-

¿por qué insistir tanto en ello, si la vida sobre la que arrojan su tenue luz no vale la pena de ser recordada?

La segunda zona de incompreensión tiene que ver con la intención de mi libro. El profesor Russell cree evidentemente que me he lanzado a escribir una biografía convencional sobre la base de media docena de suposiciones sugeridas por ciertos pasajes del texto y por los documentos, suposiciones a cuya demolición dedica casi todo su "artículo-reseña". (Me refiero ahora a la interpretación hipotética del acróstico como una confesión irónica de orígenes, de la coincidencia de "Mollejas el ortelano" con "la huerta de Mollejas", del inventario de las posesiones de la familia, y otras del mismo tipo)⁵. La verdad es que la única cosa que me ha ofendido en sus comentarios nada caritativos es que me atribuya la memez de haber querido construir una biografía de tipo tradicional sobre un fundamento tan precario. Por lo visto, si el profesor Russell hubiera ido a Deva, a Valladolid, a Madrid, a Toledo y a Talavera para husmear en los archivos y ver lo que se podía fabricar con los pocos fragmentos de hechos que allí se encuentran, lo único que se le habría ocurrido sería narrar la vida de Rojas⁶. Lo cual equivale en este caso a inventar una novela histórica.

Por lo tanto, siendo el profesor Russell una persona sensata y seria, la habría abandonado en seguida como un proyecto impropio de nuestra tan seria profesión. La vida privada de un Shakespeare no es más —ni menos— que un sueño histórico-literario que cada generación de mortales vuelve a soñar. ¡Ojalá que en el futuro se soñara también (sería una manera de recuerdo) con el hasta ahora totalmente olvidado autor de *La Celestina*!

Lo que quisiera insinuar con estas observaciones es que el profesor Russell (como él mismo afirmaría) no ha sido discípulo de Américo Castro. De ahí su resistencia a contemplar la vida humana en cuanto conciencia colectiva, y a Rojas en cuanto "morador" de esa "morada vital" que Castro en uno de sus últimos ensayos llamó "nuestro nosotros". Dicho con toda la llaneza posible, mi libro trata de presentar a Rojas no propiamente como un *ser individual*, sino más bien como un

res Cario y Valdeavellano aparte). Como le ha irritado lo que llama mi tendencia a buscar efectos de "admiratio" (o sea que cree que al escribir me estoy dando pisto), llama "absurd" (si recuerdo bien) mi auténtica modestia como paleógrafo. Dije en el prefacio que no podía publicar mis extractos del archivo sin la ayuda experta de Valle Lersundi.

⁵ Realmente no creo que la persecución y la condena del padre de Rojas sea una conjetura. La mayor parte de lo que aceptamos como verdad histórica se basa en datos mucho más discutibles.

⁶ Si lo hubiera hecho, desde luego no habría confundido la vida de un Fernando de Rojas con la de un Alvaro de Montalbán —como parece hacer cuando llama a aquél "a traumatized, insecure, hypocritical individual" (p. 73). Tratar de caracterizar a un genio desconocido es de por sí un acto de insensatez, pero, a juzgar por lo que sabemos de muchos contemporáneos y compañeros, yo me inclinaría a guardar solamente el último adjetivo propuesto por el profesor Russell —o sea "hipócrita"—, y sustituir los otros dos por cosas distintas: sardónico, irónico, clarividente, prudente pero con gran confianza en su manejo de las circunstancias, atento —¿qué sé yo?

miembro: miembro de una nación, de una región, de una casta, de una clase, de una profesión, de una familia a la vez íntima y extensa, y por último de tres comunidades de índole muy distinta. En el mejor de los casos esto —el hecho de pertenecer— no representa más que la posibilidad interrogativa de una biografía: ¿en qué circunstancias (dentro de estas colectividades, digo) pudo llegar a ser lo que debió haber sido un hombre capaz de escribir nada menos que *La Celestina*? Por lo tanto, no me pareció indigno de nuestra disciplina tratar de contestar (de imaginar en apartados bien delimitados) cómo pudo haber vivido (y, lo que es más difícil aún, sobrevivido) aquella persona a base de los datos escasos que el tiempo devorador (con sus aliados, la malicia y el descuido humanos) nos ha legado. La verdad es que yo creía que mis cortas y algo atrevidas desviaciones biográficas podrían servir como una especie de descanso para mis lectores, premios de su paciencia con tantas páginas de investigación histórico-sociológica. Y ahora las veo examinadas y rechazadas con displicente rigor científico. Lo cual no quiere decir que las objeciones del profesor Russell sean válidas, sino que él ha tomado el rábano por las hojas.

Naturalmente me doy cuenta que para el profesor Russell el contemplar “la morada vital” de Rojas o hablar de él en cuanto miembro de colectividades puede ser aún más reprochable que haber tergiversado —según él— los mínimos y ambiguos hechos personales que están a nuestra disposición. Esto a mí no me concierne; como todos los investigadores, él tiene su manera de enfocar los problemas y hay que respetarlo. Ahora bien, lo que sí es importante, a mi ver, es que los celestinistas hagan un esfuerzo por comprender la situación humana en que vivía Rojas y que confronten sin perjuicios los muy graves hechos históricos —para los discípulos de Américo Castro, incontrovertibles— de esa situación: había una casta de castellanos que eran conversos a la fuerza, que en gran número se dedicaban a profesiones intelectuales, financieras y políticas de gran importancia a aquella sociedad, que vivían en comunidades como la Puebla, Toledo y Talavera (sobre cuya historia e intrahistoria en la época de Rojas hay datos abundantes y fehacientes), que estaban sometidos a una presión social extrema y sin paralelo en nuestro tiempo⁷, y varios de los cuales se dedicaron en formas muy características a las letras humanas y divinas. No hace falta más que ir a los archivos y aprender a descifrar la endiablada letra procesal de aquellos tiempos: allí están esos seres, uno cabe el otro, por millares, una mina histórica apenas explotada todavía. A mi ver, este esfuerzo sigue siendo (ya que mi libro no es más que una introducción) indispensable. Si queremos comprender la posibilidad de una obra tan anómala como *La Celestina*, tenemos que empezar por comprender la angustiada y a la vez despejada generación histórica de sus autores.

El profesor Russell sugiere, al comenzar, que la falla de *The Spain of Fernando de Rojas* se debe en parte al hecho de que su autor es un

⁷ Como trato de explicar en mi libro, lo extraño de la situación de los conversos es la combinación de funciones sociales esenciales y la persecución. Existían a la vez en el centro de la sociedad y al margen de ella.

crítico (o filólogo) sin preparación profesional para meterse en problemas históricos. Tiene razón, pero siento no poder limitar mi contestación a la opinión contraria: que él es un historiador poco ducho en materia de comprensión literaria. Más bien, me temo que un historiador capaz de leer *La Celestina* como si fuese una comedia erótica (con escenas de amores "hilariously funny" y con intermedios de "Grand Guignol") padezca de anacronismo en su comprensión del pasado. Me temo que sea el tipo de historiador que no quiere reconocer que la *única* importancia de los hechos fosilizados que colecciona (y que después exhibe en el museo de sus publicaciones) es su testimonio mudo de la conciencia viva de los que murieron antes que nosotros, conciencia que es como la nuestra y al mismo tiempo históricamente única.

Harvard University.

STEPHEN GILMAN